

Lo bello y el sentido de la existencia en la filosofía de Federico Nietzsche

CARLOTA T. DE MATHAUS
Buenos Aires

Inicia Nietzsche el planteo en *El origen de la tragedia* con un enfoque significativo, ya que eslabona tres términos: vida, belleza, saber. Hace girar en su concepción primigenia lo bello a la vera de la vida y proyecta, como sombra lúgubre sobre la misma, a la verdad. Este nudo evolucionará a través de sus obras y cada uno de estos términos pasará a ocupar la posición de privilegio y volverá a ser desplazado. El reordenamiento y la reestructuración no afectarán la trabazón íntima que señalara desde el primer momento entre lo bello y la vida.

No entra a analizar qué es lo bello en sí, sino qué sentido, intención, finalidad tiene, ya que jamás concibe lo bello desvinculado de la existencia del ser humano.

Discípulo de Schopenhauer, cuya sobreestima del arte comparte, no comparte su negación de la vida. *El origen de la tragedia* se basa en la sabiduría del Sileno: más valdría al hombre no haber nacido. La realidad es dolor, su conocimiento haría imposible la vida. La ansiedad de vivir se sirve de la ilusión para retener al hombre en la vida. Lo bello procede de una potencia natural, no es sino un ardid del instinto que mediante imágenes seductoras deleita al hombre, extendiendo una nube sobre la realidad que es fuente de dolor.

A la imagen bella le confiere de esta manera trascendental significación al colocarla, en virtud de su eficacia y de su imperiosa necesidad para la vida humana, encima del principio vital.

La aparición de la imagen bella requiere una especie de eclipse del entendimiento, puesto que el conocimiento consciente traba el cauce del impulso natural. El saber consciente, conceptual correspondiente al mundo cotidiano no tiene acceso al mundo de ensueño de las

imágenes bellas. A éste, en cuya contemplación nace el placer, le denomina divino, ya que es condición vital, si bien su raíz está en la vida misma. Al saber, en el cual el hombre en su optimismo racional cree llegar a lo más hondo del ser, lo denomina antivital porque en su entusiasmo analítico asfixia la fuerza mítica creadora.

Del punto de vista del conocimiento las imágenes bellas son ficticias, falsas. Del punto de vista de la vida estas mismas imágenes son divinas, de una verdad superior por proceder inmediatamente del regazo generador que es el que procura al hombre la sabiduría. La actitud teórica con su mísera verdad nos priva de lo que hace valiosa la vida humana.

La concepción siguiente, que es la que desenvuelve en *Humano, demasiado humano* y en *Aurora* establece una valoración inversa del arte y de la ciencia. Guiado ahora por el mismo afán cognoscitivo que tildara de delirio impío y con la pretensión de la más objetiva imparcialidad, en el empeño de liberar de las cadenas que son los prejuicios, señala todos los aspectos capaces de reforzar su nueva estimativa, según la cual la finalidad de la existencia del hombre adulto es el conocimiento, la ciencia y no el arte, como había declarado antes. El mismo define así su nueva posición: "El juego con entes invisibles, inaudibles, intangibles fué considerado como una vida dentro de un mundo distinto, supremo, por el profundo desprecio del mundo sensible, tangible, seductor y malo. Nosotros no podemos ya identificarnos con este sentir".

Negado el planteo anterior, no subsiste ya aquel mundo de ensueño cuyas imágenes plenas de belleza asomaran al espíritu humano. Ante la evidencia de que todo hombre posee el vocablo bello y lo atribuye a ciertos objetos y lo niega a otros, habiendo disipado aquel origen transubjetivo de lo bello, pasa el filósofo a consultar la realidad psicológica y ninguna otra, puesto que sólo dentro de ésta tiene sentido hablar de lo bello mientras subsiste esta concepción. Realizando una especie de disección pone en descubrierto el proceso de engalanamiento que sufre la imagen sensible para ser considerada bella. Lo bello se presenta en el conocimiento más somero, menos conciso, menos claro, está ligado a la emoción. El cotejo entre las imágenes objetivas y las imágenes bellas revela no una diferencia de origen sino sólo la inexactitud de estas últimas y de ahí su valor negativo para el desenvolvimiento humano.

La razón ilumina y se siente capacitada para explicar los procesos de la esfera emocional, inferior. Las primeras vivencias nada saben de belleza, pero sí de placer, de bienestar.

La universalidad de las vivencias que hacen considerar bellos los objetos permite un análisis, del que surge el proceso que estructura estos estados de ánimo. La asociación de recuerdos placenteros es esencial en la sensación de belleza. Todos los elementos de que se sirve la asociación hedónica proceden de la experiencia sensible del individuo, de su vida cotidiana. No se trata ya de una belleza apolínea, creada por fuerzas naturales y que era contemplada pasivamente. La medida otrora impuesta por Apolo es ahora sustituida por la regularidad captable en la definición. No admite ya una conexión insondable con el instinto vital. La razón la explica exhaustivamente retrotrayéndola a una abstracción subconsciente de circunstancias ambientales ventajosas para la vida. Lo ordenado y simétrico facilita la subsistencia. al percibir semejantes formas el individuo experimenta placer, porque en su conciencia sólo encuentra elementos correlativos de felicidad, los que proyectados sobre el objeto le hacen denominarlo bello.

Si el estado contemplativo reclamaba el eclipse de la realidad cotidiana, ahora lo bello sólo se presenta al haber desaparecido todo peligro, toda desconfianza, pues sólo entonces entra en función la memoria afectiva.

Este análisis constituye propiamente un anticipo del que llevará a cabo años más tarde, al establecer el según él olvidado origen de los conceptos bien y mal. Cotejando ambos procedimientos resulta que lo bello reposa en juicios olvidados de utilidad individual y lo bueno en juicios asimismo olvidados de utilidad social y cuya ventaja no es tan inmediata para el hombre como la que —en ese ciclo— tendrá por objeto señalar lo bello.

Lo bello continúa siendo fuente de placer, ligado a la conservación de la vida, lo que no puede constituir la finalidad última para la que ha sido creado el hombre. Esta finalidad la ve Nietzsche en el saber científico, que vale el sacrificio de la vida misma. Inclinarsse hacia lo bello equivale tanto como a manifestar apego subconsciente, pero invencible por la mera conservación de la vida, contenido espiritual indigno del hombre.

El arte procura placer, el placer y la vida son el norte del artista. quien no tiene conciencia de su lugar en la vida, atiende a la emoción:

y busca el efecto llamativo. Su actitud es propia de un estadio que tanto en la formación individual como en la histórica de la humanidad, es preciso superar.

La actitud estética y la científica no pueden ser contemporáneas y excluirse una u otra tan sólo momentáneamente.

El hombre vive entregado al conocimiento y entonces su vida está orientada hacia su finalidad o bien su vida está impulsada por el sentimentalismo y en ese caso no está dirigida como podría pensarse hacia otro valor, acaso de menor jerarquía, sino que del todo carece de valor, ni participa de la dignidad propia a la vida humana. El hombre es hombre por el conocimiento, la misma evolución natural de lo emocional a lo racional así lo confirma.

El afán indagatorio de Nietzsche no se detiene, ni tiene en cuenta sus afirmaciones anteriores. Es así que los escritos de los años 1882-88 esbozan una nueva intención en lo bello que asimismo corresponde a una situación vital total, intención que no obstante se presta a más de una interpretación.

Las imágenes que aparecen dentro de la conciencia humana adquieren otro significado para la existencia, tanto las imágenes bellas como las no bellas, estas últimas ya sean indiferentes o negativas estéticamente. Lo que puede ser en sí es un problema inaccesible. La imagen bella nada revela del objeto desvinculado de nuestra vida. Lejos de tener aquel primer fin que le atribuyera de ocultar la impresión del contorno, la sensación de belleza es la forma inmediata de manifestarse un valor biológico positivo. Lo bello como índice que señala en el mundo circundante lo provechoso está por lo tanto en conexión de dependencia o sea está condicionado a la relación de ciertas cualidades del contorno con la existencia humana. Lo biológicamente útil suscita lo bello en la conciencia, la exaltación del sentimiento vital hace sentir bellos los objetos. La sensación bella atrae hacia lo provechoso que enmascarado de belleza cautivadora resulta más convincente para impulsar la voluntad del sujeto.

De donde procede esa mayor estima del sujeto por lo bello que por lo útil. Acaso todo lo bello se reduce a instrumento eficaz en la conservación elemental de la vida o bien permanece abierta la posibilidad de que el instinto apela a lo bello, se sirve de su máscara, porque poder utilizarlo como tal no significa forzosamente que siempre sea tan sólo medio para.

El filósofo no se refiere a este problema ni está dentro del espíritu de sus escritos admitir algo en sí bello, sino que lo declara como estrictamente condicionado.

El hombre no se debe a sí mismo y aquel intelecto superior lo dirige por intermedio de ese mundo de imágenes engañosas desde el punto de vista teórico, mas lo dirige con la máxima adecuación.

Todas las finalidades conscientes, todas las valoraciones son medios para lograr algo esencialmente distinto de lo que aparece dentro de la conciencia. La vida obliga a fijar valores, pero es ella misma quien valora a través de nosotros. El artista por instinto refuerza valoraciones, es artista precisamente porque está encaminado al sentido del arte, que es la vida.

Toda estética está indisolublemente ligada a supuestos biológicos. Es un mundo irracional, de mayor eficiencia que el del entendimiento, eficiencia que no desaparece ni al descubrir la conservación de la vida en el fondo de los actos valorantes.

El hombre sólo puede proseguir su vida terrena, creyéndose desligado de lo terrenal e impulsado hacia algo superior.

Acaso también el placer en la verdad sea una valoración superficial, estando oculta su finalidad.

Si los valores estéticos están siempre al servicio de los biológicos, el hombre creyendo luchar por aquéllos lo hace ignorando que lo hace por éstos, considerando valor supremo lo que es mero instrumento de lo que considera inferior.

El hombre no tendría más horizonte que la conservación más o menos consciente de su vida, finalidad que lo mismo podía cumplirse sin el rodeo a través de las imágenes. El hombre como ser biológico estaría encerrado dentro de condiciones a las que no puede escapar. Dotado del vano impulso de ir más allá, impulso que busca su satisfacción en un mundo de seducción, manantial de energía de que se sirve la vida y así gobierna su mundo representativo restringiéndolo a lo a ella adecuado.

La especie hombre no tendría otro destino sino estar sumisa a la voz del instinto, su única superioridad posible sería la mayor conformidad al mismo. El hombre tendría un destino fijo, su vida habría de limitarse a ese árido círculo condenado a seguir esa trayectoria impuesta no pudiendo forjar su propia vida.

El hombre sólo sería hombre porque la naturaleza le oculta a tra-

vés del velo ilusorio de valores estéticos, teóricos, morales, que su ser se agota en lo biológico.

Si bien el pensamiento nietzscheano se caracteriza por evolucionar continuamente y teniendo en cuenta que estamos frente a una obra trunca de la que no podemos ni afirmar ni negar que ha llegado a su fase definitiva, podemos sin embargo aseverar que no ha sido la intención suya remachar y encerrar en lo biológico su concepción de la existencia humana, aunque así pueda surgir de algunos textos. El mismo ha dicho que la vida no puede ser concebida como finalidad, porque es presupuesta.

Podemos agregar que mucho menos aquello hacia lo que impulsa a través del placer y del dolor, los medios de que se sirve como de resortes, el revestimiento de valores tampoco puede ser fin último. Esto no significa que la existencia no tenga un sentido, sino que no todos son igualmente capaces de intuirlo. Para el hombre de rebaño son finalidad última todos estos valores superficiales, como en el ciclo anterior lo había sido lo estético para el niño y para el hombre de épocas históricas superadas.

El bienestar fisiológico es por tanto el que subordina lo vulgarmente admitido como valioso, pero este bienestar fisiológico no es fin, porque a su vez es condición, soporte. Esta idea ya está preformada cuando en *El origen de la tragedia* dice que el instinto es creador, reconociendo fuerzas operantes en un plano más hondo que las del entendimiento.

Es precisamente en lo somático donde según Nietzsche tiene origen la superioridad del hombre de excepción. La alteridad de su gusto, de su juicio, se debe a su sangre (*Gaya Scienza*). Sangre es espíritu, declara Zarathustra.

Y es el espíritu superior quien colma de sentido la existencia.